Revista de Historia de la Psicología, 2025, Vol. 46(2), 52–67

Revista de Historia de la Psicología

www.revistahistoriapsicologia.es

Genocidio judío. El superviviente, Testigo e Historiador: Posibilidad e Imposibilidad del Testimonio

Teresa Sánchez Sánchez

Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca 37001.España.

I N F O R M A C I Ó N A R T .

Recibido: 5 septiembre 2024
Aceptado: 18 marzo 2025

Palabras clave
supervivientes,
Genocidio Judío,
testimonio,
historia

R E S U M E N

Esta aportación a la comprensión de un acontecimiento singular e irrepetible como lo fue el Genocidio judío simbolizado Auschwitz, parte de la legitimidad de los supervivientes para prestar testimonio históricamente válido. Dado que las pruebas más concluyentes son los muertos, incapaces de testimoniar, los supervivientes se convierten en un tesoro para la historia oral o escrita de un episodio que se fraguó y materializó durante más de una década a la vista de todos pero que, durante su apogeo, no fue ni creído ni documentado. La convergencia de los testimonios permite reconstruir la *racional irracionalidad* que conlleva cualquier proyecto genocida, aunque sea ideado de forma sistemática y ejecutado de forma incompleta. Muchos supervivientes transformaron su experiencia en evidencia histórica mediante memorias, relatos, novelas, poesía o conferencias, lo que nos lleva a plantearnos la posibilidad o imposibilidad de tomarlos como fundamento epistémico y ético. Otros muchos callaron; el silencio de lo innombrable obliga a la inferencia y a la reconstrucción del agujero gnoseológico. La última parte del trabajo se concentra en el estudio del síndrome del superviviente con algunas de las aristas del mismo en la experiencia del trauma. La historia, confeccionada a jirones y con fórmulas heterodoxas metodológicamente, siempre desprende lecciones éticas que pueden ser una alerta prospectiva para evitar su repetición. Pero la humanidad no aprende.

Key words
survivors,
Jewish Genocide,
testimony,
history

Jewish Genocide. The Survivor, Witness and Historian: Possibility and Impossibility of Testimony

A B S T R A C T

This contribution to the understanding of a singular and unrepeatable event such as the Jewish Genocide, symbolized by Auschwitz, is based on the legitimacy of the survivors to provide historically valid testimony. Since the most conclusive evidence consists of the dead, who are incapable of testifying, the survivors become a treasure for the oral or written history of an episode that was forged and materialized over more than a decade in plain sight, yet during its height, it was neither believed nor documented. The convergence of testimonies allows for the reconstruction of the rational irrationality inherent in any genocidal project, even if it is systematically conceived and incompletely executed. Many survivors transformed their experience into historical evidence through memoirs, stories, novels, poetry, or lectures, which leads us to consider the possibility or impossibility of taking them as an epistemic and ethical foundation. Many others remained silent; the silence of the unnameable forces inference and the reconstruction of the gnoseological void. The final part of the work focuses on the study of survivor syndrome and some of its edges in the experience of trauma. History, pieced together in fragments and through methodologically unorthodox formulas, always carries ethical lessons that can serve as a prospective warning to prevent its repetition. But humanity does not learn.

Correspondencia Teresa Sánchez Sánchez: tsanchezsa@upsa.es
ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Para citar este artículo/ To cite this article:
Sánchez Sánchez, T. (2025) Genocidio judío. El superviviente, testigo e historiador: Posibilidad e imposibilidad del testimonio. *Revista de Historia de la Psicología, 46*(2), 52-47.

Vínculo al artículo/Link to this article:
DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11

Lo descomunal sucedió, sin interrumpir el tranquilo respiro de la cotidianidad (J. Habermas).

> "… hemos llegado al fondo. Más abajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre: y si queremos conservarlo deberemos encontrar en nosotros la fuerza de obrar de tal manera que, detrás del nombre, algo nuestro, algo de lo que hemos sido, permanezca..." (Levi, 1987, p. 28).

El Centro Internacional para la Memoria de la Shoá de Jerusalén, Yad Vashem, hace tiempo que puso nombre, cara e historia a 7.000.000 de personas, más que la comúnmente tópica cifra de 6.000.000. Campos de trabajo, campos de traslado, campos de exterminio dieron cabida a un proyecto de liquidación de varias poblaciones, sobre todo la judía, al tiempo que se peleaba en otros frentes y con otras armas y recursos en la II Guerra Mundial. Yad Vashem constituye para un historiador de la Psicología, o para un sociólogo, filósofo, ingeniero, químico, poeta, arquitecto, etc, una fuente ingente de información y un depósito de experiencias y análisis inagotable. Artículos, conferencias, museos, archivos fotográficos, banco de testimonios… Con todo, y a pesar de ello, sigue siendo un episodio de la historia connotado como *singular* (Traverso, 2004), *acontecimiento originario* (Wajcman, 2001), *asesinato irreductible* (Bohleber, 2007) cuyo interés no cesa de crecer y obsesionar, en mayor medida cuanto más se acrecienta el cinismo negacionista, los conatos neonazis nostálgicos de un proyecto inacabado de depuración racial (entre otros), y los émulos que afloran como emergentes totalitarios en distintas partes del mundo.

Por otra parte, el *Fortunoff Video Archive for Holocaust Testimonies* ha recopilado una masa ingente de testimonios de supervivientes que dejan constancia de su experiencia como víctimas, elevando el testimonio a una categoría de prueba historiográfica de superior rango a la de los archivos documentales. Spielberg, tras comprobar el eco mundial de su extraordinaria película La lista de Schindler, creó la *Survivors of the Shoah Visual History Foundation*, compilando testimonios audiovisuales como material bruto que puede ayudar a reconstruir millones de historias cruzadas, herramienta historiográfica por explorar y explotar.

En la exposición itinerante titulada "Auschwitz, no hace mucho, no muy lejos", que se mantuvo en Madrid entre 2018 y 2019, se abordó con impactante nitidez a través de enseres, vestigios, fotografías, documentos, materiales de archivo, rastros simbólicos, iconos, versos, muros y herramientas" lo que pretendo sintetizar en el subtítulo de este trabajo: La necesidad y la imposibilidad de testimoniar y reflejar lo que Auschwitz (siempre como sinécdoque de la totalidad del genocidio) supuso. María Bihari, niña romaní de cinco años, sirvió como otros tantos similares para avalar la hipótesis pseudocientífica de que los romaníes debían ser esterilizados, perseguidos y deportados por no cumplir los criterios estipulados por la Oficina de Investigación e Higiene Racial y Biología Criminal, creada en 1940. Sus fotografías atestiguan el disparate nazi. No muy lejos se encontraba un juego de mesa familiar, creado en 1936, que adoctrinaba sobre la necesidad de expulsar a los judíos fuera de las murallas de la ciudad. Los negocios judíos, señalados en rojo, y representados en el tablero por rostros feos y malignos, debían ser clausurados cuando el policía alemán lograba ganar posiciones. Expulsar a seis judíos te daba el triunfo en el juego.

Incorporar el Holocausto al estudio historiográfico también requiere un doble tránsito: pasar del estudio de las grandes masacres y sus víctimas innumerables a considerarlo un hecho específicamente (fundamentalmente) judío y, después, reconvertir la metonimia judía en un símbolo universal, capaz de simbolizar formas de destrucción que sirvan de aldabonazo en la memoria y en la ética del mundo entero de cualquier tiempo (Vetö, 2011). Aun siendo en sí un excedente que rompe el molde, actúa a modo de modelo (patrón) de referencia. El genocidio judío es una 'máquina de desimaginación' que, pese a todo, actúa estimulando la representación mental de lo que no puede ser imaginado, ni aun cuando se lea o contemplen sus vestigios y huellas. La avidez inagotable de historizar el Genocidio judío ha sido pensada en sí misma porque es un eterno retorno compulsivo cuyas perspectivas son, quizá, tan inabarcables como inútiles pues no logran el fin de comprenderlo como hecho histórico (Didi-Huberman, 2004).

El testimonio se ha dignificado sin complejos en la reconstrucción de acontecimientos históricos como los genocidios donde, como es obvio, la mayor parte de las *pruebas* han perecido (Friedlander, 1993; Agambem, 1999). Con ello se ha logrado, de paso, incorporar lo traumático al ámbito del estudio histórico de episodios límite o extraordinarios que son tan poliédricos (LaCapra, 2008). La inclusión científica de los testimonios en el análisis histórico supone un arma sin igual para combatir la tendencia a investigar desde lo institucional, lo sociológico, lo técnico, lo estadístico, trabajando desde la memoria individual y colectiva, desde la experiencia psicológica, desde la subjetividad (González Isidoro, 2008). Esto es un vuelco metodológico importante: incorpora, en cierto modo, la noción de trauma a la Historia (Vetö, 2011). Introducir al superviviente como fuente de información es una revolución en la consideración de la validez de las pruebas. Ampliar la noción de historia, abriendo la puerta a las víctimas, a pesar de la sospecha de que pudieran existir distorsiones, fallos y sesgos en el recuerdo, fue otra revolución, ya que el superviviente es *testigo primario* y el investigador es *testigo secundario*. Ambos componen la historia (LaCapra, 2005). Uno de los cronistas supervivientes es autocrítico con el valor metodológico del testimonio:

> Al avanzar en el proceso de escritura descubro una dificultad mayor que no había previsto, la de disociar dos planos temporales: la descripción del acontecimiento tal como se produjo , o por lo menos tal como figura en mi memoria, y la visión o la interpretación que tiendo a privilegiar después de que la experiencia posteriormente adquirida haya obliterado el recuerdo bruto (Steinberg, 1999, p. 78).

La inquietante pregunta historiográfica sobre el hecho diferencial, es formulada lúcidamente por un autor:

> El régimen nazi ha alcanzado una clase de límite teórico exterior. Se pueden considerar incluso mayor número de víctimas y medios de destrucción tecnológicamente más eficaces; pero cuando un régimen, con base en sus propios

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

> criterios, decide que hay grupos que no tienen derecho a vivir sobre la tierra, así como el lugar y el plazo de su exterminio, entonces se ha alcanzado ya el umbral extremo (Friedlander, 1993, p. 82).

Un Genocidio singular, no necesariamente excepcional

Si se vuelve una y otra vez sobre ello, si la investigación es tan fértil como continua, es porque Auschwitz, como emblema de los genocidios del mundo, no tiene fin.

En el estudio de Biermann Stolle (2004), la multiplicidad de nombres para designar el hecho más paradigmático de la barbarie del silo XX (Shoá, Holocausto, exterminio nazi, genocidio judío, solución final, Auschwitz, desgracia) revela la imposibilidad de circunscribir en un nombre algo que desborda la capacidad de comprensión humana. Porque es la metonimia de un todo inconcebible que representa el Mal absoluto. Los campos fueron, dice, la principal creación simbólica del nazismo, a través de los cuales se perpetró el exterminio sistemático:

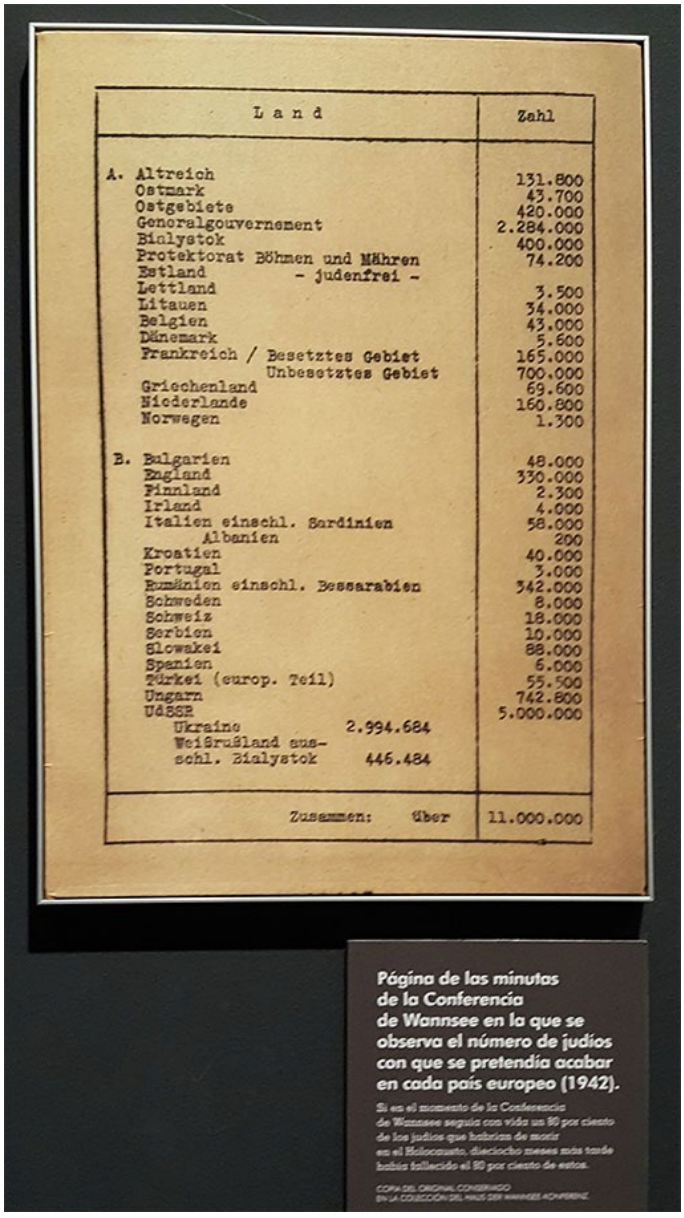
> [...] Esta pasmosa red de campos, que servía para albergar, manejar, someter a sufrimientos, explotar y matar a millones de seres inocentes, que ni militar ni físicamente eran amenazantes, fue la mayor creación institucional de Alemania durante su período nazi... constituía un subsistema de la sociedad totalmente nuevo (p. 237).

Se calcula que llegó a haber entre 8 y 10 millones de personas que pasaron por distintos campos (de concentración, de trabajo o de exterminio) y el plan concebido pretendía exterminar a 12 millones de judíos europeos. Daniel Goldhagen (1997) habla de 10.005 campos de concentración principales, anotando que estos tenían innumerables campos satélites. Según las indagaciones de la época, bajo las acciones criminales del régimen nazi, sin contar las víctimas de la guerra, sucumbieron por lo menos 13 millones de personas:

- aprox. 6 millones de judíos
- aprox. 3.3 millones de prisioneros de guerra soviéticos
- aprox. 2.5 millones de polacos cristianos
- al menos 100.000 obreros forzados de la Unión Soviética
- al menos 500.000 yugoslavos
- al menos 100.000 civiles checoslovacos
- al menos 84.000 deportados no judíos de Estados del norte y occidente de Europa (inclusive Italia)
- aprox. 219.600 gitanos de diferentes nacionalidades
- aprox.100.000 enfermos mentales alemanes (programa de eutanasia)
- aprox. 130.000 ciudadanos alemanes no judíos (opositores al régimen: resistencia, etc.).

Las cifras escandalosas de víctimas son las que dan cuenta de que estamos ante un genocidio, pues, salvo excepciones de otras minorías *impuras* o *peligrosas ideológica* o *éticamente* (comunistas, homosexuales…), el hilo conductor del exterminio está en el concepto de raza, un tótem ideológico que se suponía inscrito biológicamente en la sangre hasta varias generaciones 'contaminadas' de aquel componente perverso que envilecería la pureza aria si no se le aislaba por eliminación. La legalización de la muerte de otros en función de su 'componente' racial o de otras condiciones sociales o religiosas, convirtió al Estado legitimante en Estado criminal y a los resultados de su masacre en un Genocidio. El pueblo judío pasó a ser: "plaga asquerosa que hay que exterminar, "la "antirraza", una suerte de bacteria ontológica e histórica que se debía exterminar" (2004, p. 241). Cuando se dictaminó el *Endlösung der Judenfrage* en 1941, y con eufemismo de Adolf Eichmann, había mucho camino recorrido: maniqueísmo, reduccionismo de las gentes a su adscripción racial, fanatismo, violencia sembrada, antisemitismo, odio al diferente, idealización y exaltación de la pureza aria, romantización del pueblo germano, etc. La planificación y ejecución se lanzó en la Conferencia de Wannsee (1942) bajo el mando piramidal de Himmler.

Fig. 1. Fotografía obtenida en la exposición de Auschwitz, no hace tanto, no tan lejos sobre la planificación de la 'solución final' realizada en Wannsee.



Land	Zahl
A. Altreich	131.800
Ostmark	43.700
Ostgebiete	420.000
Generalgouvernement	2.284.000
Bialystok	400.000
Protektorat Böhmen und Mähren	74.200
Estland - judenfrei -	
Lettland	3.500
Litauen	34.000
Belgien	43.000
Dänemark	5.600
Frankreich / Besetztes Gebiet	165.000
Unbesetztes Gebiet	700.000
Griechenland	69.600
Niederlande	160.800
Norwegen	1.300
B. Bulgarien	48.000
England	330.000
Finnland	2.300
Irland	4.000
Italien einschl. Sardinien	58.000
Albanien	200
Kroatien	40.000
Portugal	3.000
Rumänien einschl. Bessarabien	342.000
Schweden	8.000
Schweiz	18.000
Serbien	10.000
Slowakei	88.000
Spanien	6.000
Türkei (europ. Teil)	55.500
Ungarn	742.800
UdSSR	5.000.000
Ukraine 2.994.684	
Weißrußland ausschl. Bialystok 446.484	
Zusammen: über	11.000.000

Página de las minutas de la Conferencia de Wannsee en la que se observa el número de judíos con que se pretendía acabar en cada país europeo (1942).

Si en el momento de la Conferencia de Wannsee seguía con vida un 90 por ciento de los judíos que habrían de morir en el Holocausto, dieciocho meses más tarde habían fallecido el 90 por ciento de estos.

COPIA DEL ORIGINAL CONSERVADO EN LA COLECCIÓN DEL HAUS DER WANNSEE-KONFERENZ

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Grass (1999, p. 13) afirma categóricamente que "lo monstruoso, referido al nombre de Auschwitz, ha seguido siendo inconcebible precisamente porque no es comparable, porque no puede justificarse históricamente con nada, porque no es asequible a ninguna confesión de culpa y se ha convertido así en punto de ruptura, de forma que resulta lógico fechar la historia de la Humanidad y nuestro concepto de la existencia humana con acontecimientos ocurridos antes y después de Auschwitz". La singularidad de Auschwitz no denota que sea irrepetible, ni establece una escala del mal del cual se constituya como cénit histórico, sino que traza un objetivo que no se ha alcanzado con tal eficacia jamás, al menos en el mundo occidental de la modernidad, y que es definido como un acuerdo entre los historiadores por Traverso:

> …el genocidio judío es el único de la historia que ha sido perpetrado con el fin de remodelar biológicamente a la humanidad, el único completamente desprovisto de naturaleza instrumental, el único en el que el exterminio de las víctimas no fue un medio sino un fin en sí. (Traverso, 2004, p. 2).

La naturaleza del Genocidio nazi sobrepasa las dimensiones y la capacidad de pensar y organizar el conocimiento que tiene cualquier episodio histórico. Resulta inconmensurable e increíble porque no puede concebirse como real. Siendo algo que carecía de puntos de referencia previos a su verosimilitud, no puede ser admitido como verdadero. El que fuera catalogado como pesadilla por las víctimas o como algo imposible por los ciudadanos ajenos aparentemente ingenuos confería un margen de tiempo a los perpetradores que garantizaba su éxito por mucho tiempo sin oposición por parte del 'mundo civilizado' externo. Así lo clama Vetö:

> … para asegurarse el éxito, para deshumanizar totalmente a sus enemigos, y para que además ello no fuera luego recusado por otras naciones u otras generaciones, debía ser suficientemente traumático para, primero, romper cualquier capacidad de resistencia o de reacción; segundo, para que se volviera irreal; tercero, para que se fragmentara la memoria, haciendo muy difícil su posterior articulación. (Vetö, 2011, p. 142).

Produciéndose tamaña y múltiple ruptura de la subjetividad en la narrativa vital, las víctimas devienen los principales activos en el cuestionamiento de la realidad de los hechos. Las víctimas quedaron náufragas entre el agujero de la memoria (olvidando, disociando, cuestionando la veracidad de sus propios recuerdos, etc) y la convicción de que no serían creídas y serían juzgadas como exageradas y fabuladoras. Contra esa 'fábrica perpetua del olvido' (Milmaniene, 2021), importa convocar Congresos, Simposios, publicaciones, exposiciones, que impidan que triunfe el socavamiento de la memoria que se pretendía:

> Aniquilar tanto al hombre como al Otro. Borrar hombres de la lista de los vivos y borrarlos también de la lista de los muertos. Como si no hubieran existido nunca. Y luego borrar la propia lista, devolver una hoja en blanco y luego hacer desaparecer la hoja misma, reducirla a cenizas y luego, dispersar las cenizas… (Wajcman, 2001, p. 20).

Como estudiosos hemos de aspirar a comprender algo de lo radicalmente incomprensible. Antes de que la anestesia emocional o el desdén presentista elimine cualquier atisbo de interrogación sobre el pasado y sobre los riesgos de reproducción en el presente, es necesario volver y servirse de los testigos, devenidos en víctimas, en historiadores, en fotógrafos testimoniales de unos episodios que amenazan con ser fantasmales para todos aquellos que no son herederos de tercera o cuarta generación de aquellos supervivientes. Nuestros contemporáneos, quedando apenas un puñado de víctimas vivas, corren el riesgo de creer que Auschwitz es una ficción literaria o cinematográfica más.

Un genocidio no obedece a una acción de guerra sin más, ya que precisa un sustrato jurídico, logístico, industrial, militar, penitenciario, técnico y estratégico muy complejo y no improvisable. Un verdadero genocidio requiere un diseño industrial, cuyo producto no son vidas o enseres para la vida, sino la muerte misma. Previo al Genocidio hay una cadena que primero produce para la guerra y después destruye los elementos incapaces o desechados para dicha cadena. Al servicio de ese engranaje de producción/destrucción se organizaban las *selecciones* en las propias rampas a las que accedían los trenes de la muerte. Productividad/improductividad era el filtro. (Browning, 1992). Los funcionarios ejecutores de la tarea no precisan aportar maldad u odio, sino tan solo cumplimiento robotizado de un encargo al servicio de un fin más transcendental: el engrandecimiento de la nación alemana. Epítome de una modernidad monstruosa, racional en sus medios (postrevolución industrial), irracional en los fines (extinción de lo amenazante por diferente). La muerte es un trabajo, tan regularizado y rutinizado como grapar documentos para un oficinista clásico. Todo ello envuelto en el manto de lo ordinario, realizado en la normal cotidianidad por parte de hombres grises cuya monumental disociación les permitía completar el día asistiendo a un concierto o tomándose unas copas tras una sesión de ópera. Los *haftling* (prisioneros detenidos) eran sometidos sistemáticamente a procesos de deshumanización: matriculación, triángulo de color, inicial de la nacionalidad. Los judíos llevaban un triángulo amarillo debajo del triángulo de color identificativo de su condición, formando con ello una estrella de David.

> Hoy parece no haber dudas acerca de que el programa genocida no habría podido llevarse a cabo sin el apoyo activo de vastos sectores de las élites burocráticas, aun cuando es probable que la generalidad de éstas no experimentara remordimientos ante las terribles consecuencias de sus acciones, sea por efecto de una inhibición, de ignorancia política o de la desaprensión moral (Biermann Stolle, 2004, p. 245).

Si la muerte de millones no tiene sentido, ¿por qué habría de tenerlo la vida de otros millones? La dimensión *pueblo*, colectiva, borra los límites de la individualidad, particular. Desde que se plantea la extinción de un pueblo, la eliminación de las personas, una a una, aunque sea en masa o cumpliendo cupos, parece difuminar su importancia. La dignidad de la vida individual no puede disociarse de la dignidad de la vida de un pueblo como colectividad identitaria. De ahí que el nuevo imperativo categórico trazado por Adorno, cuando sentencia que la cultura después de Auschwitz es basura porque supone la negación de la capacidad de la cultura para penetrar,

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

cambiar y evolucionar a la humanidad- es: "pensar y actuar de modo que Auschwitz no se repita, que no ocurra nada parecido". En su opinión, Auschwitz es algo único que, sin embrago, podría repetirse si se dieran las mismas condiciones que lo hicieron posible. Si la educación no sensibiliza a las siguientes generaciones sobre los riesgos, no prevendrá ni evitará que la singularidad, paradójicamente, se repita. (Adorno, 1966).

> Y estamos quienes contemplamos hoy sinceramente esas ruinas como si el viejo monstruo del campo de concentración estuviera muerto y sepultado bajo ellas; quienes fingimos recobrar la esperanza frente a una imagen que se aleja, como si hubiese una cura para la peste de aquellos recintos; quienes queremos creer que todo eso ocurrió solo una vez y en un tiempo y un lugar concretos, y quienes nos negamos a ver alrededor y atender el llanto que perdurará hasta el fin de los tiempos. (Jean Cayrol, superviviente francés de campo de concentración, 1955. En la exposición "Auschwitz, no hace tanto, no tan lejos").

Mi nombre es Nadie, Nadie me llaman todos
(La Odisea, Canto X).

La pregunta sobre la posibilidad del regreso del campo es pertinente, dado que quien regresa no es el mismo que quien partió o quien fue capturado o arrancado o 'cazado' en su hábitat. Nunca es posible volver al lugar porque la memoria del lugar está manchada por el despojamiento del que te hizo objeto quien te apartó de él, rompiendo la imbricación de la persona con su lugar antes de conducirte a un no-lugar (Lager, campo de exterminio, gueto, chimenea) por considerarte como una no-persona. Volver donde nadie te espera, donde tu presencia incomoda, donde solo podrás ser un fantasma, un Lázaro que vuelve de la Muerte, donde la certeza de que te has convertido en despojo o en humo no va a abrir un espacio para que te recuperes y rehagas una vida (o sobrevida). Lo increíble e inenarrable del lugar de donde escapaste o fuiste liberado te transformará en un imposible lógico, en un elemento disonante que dinamita el orden tras el caos, la organización post-eliminación. ¿A dónde volver tras tu muerte social, si tu inscripción humana ha sido borrada de la Memoria porque no fuiste inscrito como persona muerta, sino solo como no-hombre (judío), como bacilo o engendro que debía fumigarse? La fábrica de muertos que fueron los Campos y sus pogromos y epílogos, sus alrededores y sus cielos grises, fue también una fábrica de borrado tras una estadística que reducía al anonimato a quienes se extinguieron como mera carne, como meros huesos, como mero humo.

Steinberg (1999) da cuenta del orden en que los prisioneros iban sucumbiendo según su vulnerabilidad: los que poseían estatus o personalidades muy estructuradas, los rebeldes, los sentimentales, los desesperados. El precio de la supervivencia era aceptar la condición deshumanizada y la conversión en rebaño. Intentar preservar la dignidad mató a muchos: es la conclusión cínica de algunos que esquivaron la muerte. Su estigma y herramienta de supervivencia consiste en despreciar a quien les desprecia, en deshumanizar a quien les deshumaniza, en convertir en esbirro a quien les trata como '*musulmanes*' condenados a morir. Pero mantener la ilusión de controlabilidad pagando cualquier peaje, acaso no impide que sigan siendo Nadie porque se han transformado en mecanos deshumanizados.

Todos aquellos que no pudieron regresar o todos los que lo hicieron como espectros mudos, obligados a callar por la vergüenza de haber sido vilipendiados hasta límites no creíbles, todos los que vieron el HORROR impotentes, condenados e indefensos, todos los despojados de individualidad, todos los olvidados, merecen ser pensados, reconstituidos como seres humanos cuya aniquilación no fue completa, cuyo exterminio fracasó. Si se historiza el genocidio, al menos pueden regresar a las vidas que ocuparon como recuerdo.

> La vida de mi memoria es mi vida. Cuando una muere, la otra se extingue. Recordar es lo que le permite al hombre afirmar que el tiempo deja huellas y cicatrices sobre la superficie de la historia, y que todos los acontecimientos se encuentran concatenados unos a otros, al igual que los seres vivientes. Sin la memoria nada es posible, nada de lo que hagamos merece la pena. Olvidar es violar la memoria, es privar al hombre de su derecho a recordar. (Elie Wiesel, sobreviviente del Holocausto, 2002)

Algunos regresaron para ser asesinados por quienes habían ocupado sus viviendas y sus lugares de origen devenían los lugares más peligrosos del mundo. Cuenta Altares cómo Polonia fue un infierno para los judíos supervivientes que quisieron retomar su vida. Comunidades milenarias fueron obligadas a reemigrar a su regreso de los campos: sus propios vecinos los delataban porque en ellos también había calado el mismo antisemitismo. Quien regresaba era el "Anderer", como en la incomparable novela de Claudel (2008), definitivamente *otro* irredento para sus vecinos.

Bettelheim (1981) concluía que lo que el terror nazi mermó en muchos judíos en los campos, e incluso antes, en los guetos y en las ciudades sitiadas, fue su percepción de controlabilidad, su adecuada percepción de los indicios de lo que se avecinaba. Manipulando su voluntad de vivir, los captores o traficantes de seres humanos consiguen que sus sometidos se abandonen a la inercia, que sean sumisos, acríticos y regresivos, depositando en otros su suerte. Su historia está cuajada de verdugos: en el punto de origen, en el trayecto, en el destino. Su balance es de estar condenados a un sadismo omnímodo, abrumador y heterogéneo. Algunos lo interpretaron, en función de sus creencias previas, como el aplastamiento o la ira vengadora de algún dios ofuscado por sus pecados. A veces daban a su extenuación el significado de una inmolación, de un sacrificio a los dioses, tal es el sentido religioso del término Holocausto, menos justo y preciso que el de Genocidio, y sin embargo preferido en la designación norteamericana. Connotar como sacrificio, expiación necesaria, ofrenda a unos dioses crueles, desvía el sentido histórico y laico de las masacres genocidas. En los genocidios se destruye lo indestructible, que es la pertenencia a la especie humana a cargo de otros miembros de la especie humana. Nadie puede romper esa adscripción y esa semejanza entre victimarios y víctimas, salvo que primero se despoje de humanidad y, por tanto, se deshumanice a aquello (no *aquel*) que se va a destruir. Ese es el concepto de *desgracia*:

> La desgracia en nuestra sociedad es siempre primero degradación social, deja de existir la identidad personal. En

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

> el seno de la desgracia el hombre siempre ha desaparecido, ya no hay un desdichado, hay un hombre reducido a la extrema necesidad, disuelto en un vacío, sin fundamento, que no está en ninguna parte, no hay "yo", no hay primera persona, sólo hay nuda vida, necesidad… (Duek & Torres, 2008, p. 31).

Para el verdugo, para el Dominante, para el Nazi, la perversidad no es matar, sino cometer todos los actos previos que conducirán al despojamiento de esa humanidad, suprimir la alteridad humana del otro, sea glorioso o insignificante, excelso poeta o burdo comerciante. La labor de zapa realizada previamente pasa por educar a los niños pro-nazis en una visión maniquea de buenos y malos, equiparando a los judíos con setas venenosas que hay que saber reconocer y tirar de la cesta, o instruyendo sobre la condición infrahumana y peligrosa de los 'bacilos' a los que un cuerpo individual y social (racialmente superior) debe combatir y exterminar. Cuando el SS, el kapo, alcanza este nivel de inculturación, puede exterminar sin extorsionar su propia empatía, porque es la compasión lo primero a lo que ha dado muerte. Borges lo puso en boca de Otto, su personaje nazi a punto de ser fusilado, en su estremecedor relato "Deutsches Réquiem": "si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad. Ante mis ojos, no era un hombre, ni siquiera un judío; se había transformado en el símbolo de una detestada zona de mi alma. Yo agonicé con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso, fui implacable". (Borges, 1949, audiolibro).

Entre los jalones previos que fueron marcando el itinerario de la muerte, Baumann señala tres estrategias: la eliminación *étnica*, la *asimilación* en la que el otro es despojado de su otredad para ser traído al lugar de lo propio y conocido, y la *invisibilización*, en la que el otro deja de ser mentalizado como humano, aunque sea representado (estrella de David, por ejemplo) con la señal de la amenaza y del oprobio. En lo referente al genocidio nazi, la estrategia étnica y la de invisibilización fueron las destacadas.

> Tornar invisibles a las víctimas, deshumanizarlas, aislarlas, convertirlas en entes categorizables, intercambiables y, lo más importante, que parezcan diferentes al resto de los ciudadanos, fue lo que hizo posible el genocidio judío. Como parte de la metodología del exterminio se utilizaba un lenguaje neutro, aséptico, que permitía entre otras cosas dormir las conciencias y otorgar una sensación de rutina normal (Baumann, 1989, p. 85).

El silencio: único lenguaje de lo innombrable.

Desde fuera, como prójimos, debemos saber que la verdad total excede a la realidad contada por los testigos supervivientes. Sencillamente porque la verdad es intestimoniable (Horenstein, s.f.), no puede comunicarse ni darse fe de lo vivido, porque los mismos mecanismos de defensa de los testigos supervivientes cancelan su pensamiento racional y el miedo o el espanto deforma sus recuerdos. Auschwitz ha quedado como metáfora de un horror indescriptible, de lo que no puede testimoniarse. Basta nombrar esta localización de Polonia para que el Mundo sepa que se nombra una categoría, el 'objeto' de una barbarie que tiene otros miles de ubicaciones geográficas y temporales y víctimas de todas las razas y religiones. Se alude al punto de quiebra de la civilización occidental, que no tiene ningún componente accidental porque la destrucción del hombre por el hombre alcanza una escala industrial y una planificación rigurosa, sistemática y eficacísima donde el azar interviene apenas nada. Adorno, como es tópico recordar, afirmó en 1951 que "escribir poesía después de Auschwitz era un acto de barbarie", lo que señalaba el sinsentido de toda creación sublime después de que el mundo hubiera conocido una parte de la destrucción de la que los campos de concentración fueron su más flagrante concreción. Algunos interpretaron ese dardo como una prohibición, como Günther Grass (1999), quien, tras reivindicar la poesía y toda forma de escritura, así como la educación, como única vacuna contra lo que Auschwitz representó, acabó reconociendo su propia pertenencia de juventud a las SS. Empero, y tras el shock que supuso su confesión, hemos de admitir que él necesito "*escribir después de Auschwitz*", para denunciarlo y revelar que acepta el descomunal fracaso que supone cualquier esfuerzo para explicar y comprender lo sucedido. Empero, su mejor conclusión es que Auschwitz como relato no tiene fin porque, incluso con el lenguaje más balbuceante y fallido, ha de seguir contándose de forma inagotable porque está dentro de nosotros, de la propia condición humana. Dejar de pensar, investigar y escribir sobre Auschwitz supone renunciar a comprender al ser humano.

> Auschwitz… es una marca a fuego permanente de nuestra historia y -¡como ganancia!- ha hecho posible un entendimiento que podría expresarse así: por fin nos conocemos (Grass, 1999, p. 58).

Por más ingente y ansioso que sea el afán de comprensión por parte del investigador y por más firme que sea la voluntad del testigo, siempre se alcanza el límite de lo inefable. Auschwitz es inefable y cualquier lengua para comunicarlo es reduccionista y hasta ridícula. Solo aportará pequeñas aproximaciones a la experiencia que el oyente (analfabeto de este idioma) no podrá nunca entender. Se encuentra en los límites de la representación (Friedlander, 2007). El superviviente que se afana en manifestar su experiencia y la de otros, intentando historizar lo indecible, solo obtiene un balance decepcionado: no puede expresar y no hay capacidad para decodificar lo escuchado sin contaminarse de la misma huella traumática e inocular la podredumbre dejada por el horror propio en quien lo recibe. Como escribió Cyrulnik (2015, p. 228):

> "Si hablas, nadie te creerá (…) O jamás volverás a ser querido (…) serás el hazmerreír de la ciudad".

Además, pretender poner palabras es también traicionar a quienes fueron enmudecidos para siempre, al reducir lo indescriptible a un episodio ordinario del que puede hablarse. "Hay un lugar, el del silencio, que debe ser preservado… Un silencio activo, militante" (Naymark, s.f.). De ello, habla LaCapra (2005), mostrando que la única fidelidad al trauma es callar. Milmaniene (2021), halló un imperativo de silencio, que obedece a la necesidad social de no saber para poder continuar adelante, sin tener que soportar el peso de la culpa y la vergüenza. No es una amnistía de los oprobios cometidos, tampoco una amnesia, sino una voluntad de olvido. Pero tal confabulación global por callar para poder vivir, deja sus heridas en los mudos, en sus herederos y próximos, y a la postre estraga a la Sociedad indiferente,

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

que termina por trivializar todo lo que no tiene directamente que ver con ella y su presente. Aquello que queda encriptado y precintado en la memoria y en la Memoria, no puede elaborarse ni permite un duelo o un desprendimiento (desenganche traumático) que permita seguir a quienes lo padecen.

> Dar testimonio significa explicar pese a todo, lo que es imposible. Ahora bien, lo imposible pasa a desdoblarse cuando a la dificultad de explicar se le añade además la dificultad de ser entendido. ((Milmaniéne, 2021, p. 158).

El silencio electivo, el silencio imperativo de la sociedad que quiere pasar página y avanzar impide simbolizar el magma de experiencias que tampoco pueden compartirse entre quienes sufrieron la experiencia. Lo no representable, ni simbolizable, ni comunicable, ni transmisible desemboca en un nudo paralizante, deformante, en la verdadera destrucción de la subjetividad. Betthelheim (1991) se preguntaba por qué los niños del holocausto eran incapaces de hablar sobre su niñez en las deportaciones y en los campos y se contestó: "aquello de lo que uno no puede o no desea hablar es justo aquello que uno no puede olvidar" (p. 189). De igual forma, los niños del Holocausto comprobaron la inefectividad de las palabras articuladas y enlazadas en una composición lógica que unir sus sensaciones con las causas (Benjamín, 2019). El trauma vivido en primera persona o como hijos y nietos de víctimas, tan profundamente reprimido y exiliado de su conciencia, resulta oprimente y actúa como metralla que corrompe el tejido interno. La cobertura exterior es la de personas que, con muchas dificultades, tratan de construirse una vida y para ello sacrifican los recuerdos más identitarios: aquellos que los apartan de todas las personas que no han vivido lo mismo. Si pudieran hablar, equivaldría a haber perdido la esperanza, aceptar que lo sucedido es finito, está zanjado y es real.

El desdén por la narración de la experiencia connota el fracaso de las palabras para decir lo que no pueden ni saben decir. La certeza, también, de que ninguna palabra les devolverá la paz ni lo que perdieron. Por añadidura, aunque la palabra pueda designar aparentemente lo mismo ('sufrimiento', por ejemplo), no significa lo mismo ni en su dimensión cualitativa ni en su resonancia. ¿Cómo puede significar lo mismo 'tortura' para quien la ha padecido que para quien la escucha aludir? Solo el silencio puede dar cuenta del vacío de los disipados en humo, del agujero de muertos despojados previamente de nombre, rostro o historia, de los carentes incluso de censo o registro, incluso de un número identificativo tatuado. Puede considerarse un "silencio estructurante", que alude al pacto íntimo entre los testigos de continuar la vida al precio de renunciar a nombrar, porque tampoco sabrían ni podrían hacerlo, aquello que tampoco ha podido representarse mentalmente por carecerse de herramientas cognitivas para hacerlo. Unos no pueden contar, otros no pueden o quieren escuchar, a lo sumo tienen una escucha *mutilada*. Sordomudos, amparan y hacen crecer una tremenda desmentida. Sobre la imposibilidad y, sin embargo, la necesidad de testimoniar, nadie mejor que Agamben (1999, p. 34): "el sobreviviente sabe que ha de dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar", porque el paradigma es el vacío irrepresentable, la palabra muda.

La afrenta del exterminio no se deja borrar (Amery 1966), pero el reto es qué hacer con ello

Quien arrostra y arrastra una experiencia traumática extrema ha quebrado no solo su relación del self con su memoria previa y con sus 'objetos de representación' internos, sino con el mundo, que será radicalmente ajeno y no integrable. La experiencia enquistada queda encapsulada, imposible de disolver en cualquier otra experiencia posterior:

> Se trata de un ámbito de la experiencia que es casi incomunicable: un aislamiento catastrófico, un abandono interior que no sólo paraliza al self y sus posibilidades de acción, sino que lo aniquila, y es acompañado de miedo mortal, odio, vergüenza y desesperación... aparece una región muerta, casi autista, de un *no-self*, donde no hay ningún otro capaz de infundir empatía (Bohleber, 2007, pp. 58-59).

Son innumerables los casos de supervivientes de combates bélicos, de catástrofes naturales, de genocidios masivos, de persecuciones ideológicas, etc, que no han soportado seguir vivos en tanto que otros no lo consiguieron y deciden su suicidio u otras formas de autoinmolación y sacrificio retaliativo. Su personalidad está destruida o apagada, aun cuando en muchos casos la fórmula de expresión sea la indiferencia emocional, el estupor, el shock, o la anestesia de la voluntad. Hablamos entonces de supervivencia física y muerte psíquica. No creerse merecedores de una vida regalada, o sentirse usurpadores de las oportunidades que otros coetáneos no han tenido, valorarse como injustos beneficiarios de un azar que a otros devoró o juzgarse peores personas que quienes sucumbieron en el intento son algunas de las manifestaciones del *síndrome del superviviente*. El peaje para sobrevivir es para muchos anonadarse, prescindir de la propia identidad, invisibilizarse, renunciar a la integración, ser sombra, nadie. Cyrulnik (2009, p. 249) los llama metafóricamente *espantapájaros*:

> Un espantapájaros, un espectro, se esfuerza por no pensar porque es demasiado doloroso construir un mundo íntimo plagado de representaciones atroces. Cuando uno tiene un trozo de madera en lugar de corazón y paja bajo el sombrero, sufre menos.

Puesto que los recuerdos quedan fuera de la autoría del yo como ejecutor de la experiencia, quedan privados de su inserción autobiográfica. Puede decirse que, siendo lo más rotundo y descomunal que se ha vivido, queda en cambio fuera de la experiencia personal asumible.

Los sentimientos probables tras el desenlace de situaciones agudamente traumáticas son: 1) intolerancia ante el hecho de haberse salvado, 2) creer que uno se ha salvado porque está predestinado para cumplir una misión especial, 3) responsabilizarse de la muerte de otros por pasividad o incuria. Ante eso, las posibles respuestas de los supervivientes son: a) dejarse destruir por la memoria de lo vivido (*memoria culpable*); b) negar el impacto emocional, una vez que se liquidó la situación provocante ("la vida sigue") (*memoria creativa, transformadora*); c) luchar el resto de la vida como testigo y denuncia de lo sucedido, integrando reparadoramente la experiencia (*memoria reivindicativa*). En los supervivientes de la tragedia, la cercanía a la

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

muerte, les plantea con desgarradora agudeza el sentido de la vida: "Haber encontrado significado en la vida es, pues, el único antídoto seguro contra la búsqueda deliberada de la propia muerte. Pero a la vez, con extraña dialéctica, es la muerte la que dota a la vida de su significado más profundo y singular" (Bettelheim, 1981, p. 17).

Algo similar concluyó Frankl (1946), apenas un año después de acabada la Guerra Mundial, cuando decía: "Sobrevivir es encontrarle sentido al sufrimiento y encontrar una determinada dignidad en medio del sufrimiento" (p. 14). Él acuñó el concepto de 'Síndrome del liberado', cuyas características se solapan con las propias del síndrome del superviviente de los naufragios, etc:

- Incredulidad y desconfianza respecto a la nueva situación.
- Sentimiento de ser intrusos en un mundo libre.
- Olvido de emociones básicas (embotamiento emocional): confianza, alegría, esperanza.
- Sensación disociativa de irrealidad ('no es a mí a quien ha pasado', 'es un sueño y me despertaré', 'lo viviré como espectador para contarlo luego').
- Despersonalización (se perciben como ganado, como masa anónima, desubjetivados).
- Incapacidad para entender y afrontar las nuevas condiciones de respeto, dignidad, atención, tratamiento humano, no creyéndose merecedores de ayuda y socorro.
- Experiencia de 'deformidad moral': insensibilidad, egoísmo, libertinaje.
- Identificación con el agresor, pasando de oprimidos a vengadores.

Exponerse a acontecimientos vitales extraordinarios rompe en sí mismo las coordenadas de los conocimientos y la moral. Nuestros parámetros corrientes para comprender los fenómenos no nos sirven, pues son esencialmente incomprensibles e injustificables. Por eso es natural que las reacciones emocionales posibles sean complejas y numerosas, cabiendo reacciones antagónicas: el perdón y el resentimiento, la rebelión y la resignación ante el sufrimiento padecido, la alegría y la culpa de estar vivo, la voluntad de comprender y la indignación vengadora. Las contradicciones forman parte de las tentativas de superar lo insuperable. Podemos comprender así la gratitud de unos y el odio de otros, el impulso de vida y el nihilismo desarrollados de forma dispar por supervivientes célebres: Frankl, Amery, Levi, Benjamín, Bettelheim, Celan, etc. Algunos quieren olvidar o minimizar o dar sentido a su sufrimiento, otros se niegan a olvidar, a reprimir o minimizar y eso mermará su inmunidad psíquica frente a las infamias de la vida. Estos últimos opinan como el incorruptible Ferlosio, cuando en su libro *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (1993), nos propinó este aldabonazo moral: "Decir que el tiempo todo lo cura, vale tanto como decir que todo lo traiciona. ¿Sabré sobrevivir sin traicionar?" (Sánchez Ferlosio, 1993, p. 65).

Algunos supervivientes de los campos de concentración demandaban ansiosamente el perdón de las familias cuyos hijos o hermanos habían sido gaseados, reducidos a humo; otros se empeñaron en usar el plus de vida arrebatado a su ya asumida muerte en vivir la vida de aquellos que no aguantaron el tiempo necesario para llegar a ser salvados; otros negociaron con sus familias y entorno para que no celebraran el regreso o el triunfo de estar vivos. La mayoría se encerró en la anestesia para amortiguar el miedo sufrido y certificando que no se puede huir de uno mismo:

> Al rechazar, al negar, sea lo que sea lo que uno niega, uno se aliena de lo negado (…) uno encierra estos sentimientos en una caja de la que ha perdido la llave, la ha perdido a conciencia y para siempre. Pero, a pesar de sus esfuerzos, uno no consigue librarse de esa caja. Sigue siendo algo extraño dentro de uno mismo, y tiene poder sobre la vida de uno (Betthelheim, 1991, p. 198).

Primo Levi (1987, 1989) realiza un estremecedor relato del proceso degradatorio al que fueron sometidos en Auschwitz antes de la liberación: "Henos aquí dóciles bajo vuestras miradas: de nuestra parte nada tenéis que temer: ni actos de rebeldía, ni palabras de desafío, ni siquiera una mirada que juzgue" (p. 163). Hacinados, sin agua, alimento ni luz, en la insufrible compañía de agonizantes y cadáveres, a la espera de la muerte y sin deseo ya de conocer otra forma de mundo cuyo recuerdo o sueño ha desaparecido por completo. Inanición, contagio, frío gélido, melancolía, excrementos, descomposición, indignidad e inmundicia: tales son los compañeros de viaje. Cuando el hombre ha pasado una experiencia que le cosifica o le reduce a mera estadística (eficacia biopolítica, diría Foucault, 2007), la destrucción de su naturaleza humana se ha consumado. Amery concuerda por otros supervivientes del nazismo en que la herida es más incurable cuanto más se haya eliminado lo identitario, el lenguaje, los hábitos psicológicos securizantes y el daño se haya infligido al cuerpo-carne. El hombre se ve reducido a mera carne sufriente. El sujeto es una demandante necesidad fisiológica abatida por la desesperanza y el abandono de cualquier proyecto que no sea el de vivir o el de morir por fin. En tales situaciones, el hombre (preso, torturado, confinado o agonizante) está aherrojado en los límites de su corporeidad, pendiendo enteramente de su resistencia corporal.

> … he aprendido cómo se puede reducir a un ser humano a mera carne y, por tanto, convertirlo, mientras aún vive, en presa de la muerte… ya no puedo sentir el mundo como mi hogar (…) La confianza en el mundo ya no volverá a restablecerse (Amery, 1966, p. 107).

Frankl nos pone delante de los ojos el proceso degradante al que en múltiples situaciones aberrantes se exponía a los hombres:

> No soy más que una pequeña parte de una gran masa de carne humana… de una masa encerrada tras la alambrada de espinas, agolpada en unos cuantos barracones de tierra. Una masa de la cual día tras día va descomponiéndose un porcentaje porque ya no tiene vida (Frankl, 1946, p. 40).

Todos terminan comprendiendo que existe lo que no puede existir.

Es indudable que muchos de los que se ven en esta tesitura luego no terminan de habitarse a sí mismos, como si la muerte o el fracaso de otros obligara a la clandestinidad en su disfrute, a creerse impostores ante la comunidad por haber resistido, por no haber pactado, por prostituir su dignidad, etc. "Los mejores son siempre los que murieron". Contarlo es una forma de ganarse el derecho de seguir aquí, y una llama que alimenta la voluntad de resistir. Además, el dolor de

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

aceptar la propia supervivencia, el enquistamiento de las experiencias traumáticas, ha de conciliarse con la obligación de convertirse en notarios de lo no creíble. Pero ha de quedar claro que estas experiencias límite en la frontera de la muerte no son fortalecedoras del yo porque dejan una herencia de angustia permanente. Es un duelo imposible al que no le sirve la lógica de haber salido ileso y poder rehacer la vida desde la integración en el mundo encontrado pero impertérrito ante lo que ellos han sufrido. Es una ingenuidad pensar que los supervivientes operarán con unas aspiraciones normales de placer, poder y longevidad. Sus innumerables actitudes reactivas a la experiencia son sorprendentes para todo aquel que conoce la vida desde el ángulo del derecho a la vida, pero tan habituales para quienes retoman la vida desde la muerte probable, desde la condena, desde el cadalso del barracón, del hambre extrema, o desde los alambres electrificados que crucifican cualquier esperanza. En apariencia, algunos conectaron de nuevo con sus vidas anteriores o crearon vidas normalizadas, semejantes a las de otros, pero…

> He tardado años en darme cuenta de que Auschwitz ha sido el acontecimiento determinante de mi vida, que se operó en mí un cambio profundo. Mi visión del mundo era otra, como era otra la manera de mirarme los demás. Auschwitz es un diablo en una caja cuya tapa salta al mínimo contacto; de rebote, sus secuelas han afectado a mis allegados, a la vida de mi mujer y al equilibrio de mis hijos (Steinberg, 1999, p. 181).

Lo que todas las reacciones previamente enunciadas y otras tienen en común es la culpa. La culpa de haber sobrevivido. Desasosegante es ir desde la esperanza a la desesperanza, pero no lo es menos el camino inverso: desde darlo todo por perdido o vérselo perder a otros y descreer de la existencia de un horizonte, hasta intentar la reconstrucción. Más desnudos, más expoliados, más desorientados e incrédulos ante un futuro libre y lleno de posibilidades. Lo que ocurre en esos días, semanas o meses, acaba siendo la única realidad, la única que sigue existiendo incluso mucho tiempo después de haber salido de ella, es inolvidable, una fijación indestructible para las experiencias de angustia posteriores. Sentimientos irracionales de inmortalidad e invulnerabilidad, indiferencia ante la muerte, insensibilidad ante las contrariedades, perder la noción y el ejercicio del respeto hacia otros, imposibilidad de perdonarse a sí mismo, incapacidad de amar a otros (callosidad afectiva) son algunas de las secuelas descritas por los supervivientes del Genocidio.

El colapso del yo

Varios autores analizando el efecto de la reclusión en confinamientos extremos, los trabajos forzados, las torturas, etc, hablan de "colapso del yo" (Kraft, 2004; Rejali, 2005; Bleichmar, 2007; Boulanger, 2009). Cuando se es reducido a una cosa, convertido en objeto, registrado como "efectivo" al que se le niega toda subjetividad, el espíritu muere. Una vez que se ha acumulado un trauma psíquico masivo, sea éste abierto o sigiloso, pero insidiosamente mortífero, la escisión psíquica está servida. En lo sucesivo, una parte del yo continúa viviendo mentalmente en el lugar de la experiencia límite, mientras que otra parte del yo puja por adaptarse a la realidad exterior, de la que se sienten exiliados como fantasmas, comportándose 'como si' fueran capaces de amar, de trabajar, tener proyectos, etc. Se pende entre la vida y la muerte, entre el desconocimiento y el reconocimiento de lo vivido. El equilibrio entre ambos es altamente inestable. El yo actual es permanentemente invadido por el yo fijado a la situación extrema, e incapaz de un control exitoso, pone en marcha arcaicos intentos de control. La intensidad, la constancia y la naturaleza despersonalizadora y brutal de los traumas padecidos modifican y resignifican todas las experiencias previas, dando un nuevo vuelco a su identidad.

Damassio (2001) hipotetizó la existencia de un *self nuclear* de base biológica que se rehace y renace de forma continua en condiciones ordinarias, pero cuando una experiencia dramática y catastrófica afecta al self nuclear, el resultado es el colapso en cascada de los sistemas corporales (inmunitarios, metabólicos, neurológicos, etc). A menudo, si la experiencia terrorífica ocurre en la vida adulta, las consecuencias son más devastadoras porque no basta con disociar, sino que el yo nuclear queda dinamitado. La memoria nuclear se percibe en forma de explosiones visuales o emocionales, flash-back puros sensoriales (visuales, olfativos, auditivos, táctiles…) o neurovegetativas (sudor, náusea, sensaciones físicas como el frío o el encogimiento de tripas o la diarrea o espasmos, etc) o emocionales (miedo, rabia, pasividad): "Caminaba entre los cuerpos muertos… como si se tratara de basura… cuando fui liberada, ni siquiera quería marcharme".

El bucle traumático emerge, no cuando se está viviendo lo impensable, sino cuando la salvación y la distancia permiten iniciar fallidos intentos de elaboración de lo vivido. El colapso del yo tiene varias causas y manifestaciones:

a) Disminución del sentimiento de agencia.
b) Pérdida de la unidad psique-soma.
c) Discontinuidad histórica.
d) Anestesia emocional.

El fracaso del superviviente en contener la historia, (…) su experiencia disociada puede llevarle a cuestionarse su respuesta al acontecimiento e, incluso, la gravedad del acontecimiento en sí, temiendo haber reaccionado de forma excesiva, o que lo haya imaginado o, en cierto modo, fabricado. (Boulanger, 2009).

Bohleber (2007) se muestra convencido de que es imposible requerir a un superviviente la narración histórica de lo vivido, a no ser que se engarce con la narración colectiva sobre los hechos globales y transpersonales que acontecieron. De ahí que los discursos desde la Historia, la sociología, la psicología, y otras ciencias faciliten que el relato fenomenológico individual pueda brotar: "Los límites de lo que puede o no decirse están por ello siempre vinculados a restricciones sociales, reinterpretaciones y la imposición de tabúes" (Bohleber, 2007, 64). Pese a la imposibilidad del relato, no ha cesado de crecer el interés por todas las formas de recreación (literarias en las memorias, autoficciones, documentales, exposiciones y películas…), tantas que resultan un género en sí mismo: la literatura del Holocausto, como las revisiones científicas. Como sociedad existe la necesidad de historizar y de dar retroactivamente significado a ese punto negro que es el gran 'objeto' del siglo XX. Volver a ello persigue penetrar en la insondable maldad humana y en la insondable resistencia humana, también en la radical derrota del proyecto de mejora continua y de progreso ético, a sabiendas de que no podrá conjurarse su repetición que siempre

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

está en puertas o se está repitiendo en algún lugar del mundo. Porque Auschwitz constituye a veces "una lección olvidada" (Altares, 2018).

J.C. Suárez (1983) se empeñó en deslindar el síndrome del superviviente en condiciones extremas de otros trastornos asociados al estrés, neurosis de guerra incluidas. A su juicio, deben darse dos condiciones para aquél, que no necesariamente están presentes en otros: 1) la naturaleza del trauma es constante y prolongada, entrañando un grave riesgo de muerte; 2) se debe producir una grave desnaturalización de la condición de ser humano. Ellos veían la muerte por doquier y a diario y son conducidos a una muerte segura, obligados a una ciega obediencia a los capos en cuyas manos abandonan su carne trasladada como bulto. Ellos abdicaron de su condición humana, anónima y esclava, despojados de voluntad y autonomía de decisión:

> Los sobrevivientes recuerdan principalmente el intenso miedo vivido y/o un estado mental que describen como de obnubilación, de estar congelados, de estar en hibernación, como robots, de no experimentar ninguna emoción, de actuar como si nada importase. Es decir, de disociación para poder soportar el sufrimiento (Kraft, 2004).

¿Cuánto subsiste de la identidad previa? Apenas la cantidad mínima para no caer en el caos esquizofrénico o en la desertización melancólica. La desnaturalización produce una profunda escisión del yo, cuando los restantes mecanismos de defensa no sirven, y una subsistencia fantasmagórica donde no anidan ya proyectos de construir futuro alguno.

Lo hundido y lo salvado. El síndrome del superviviente

El *síndrome del superviviente* fue descrito en 1976 por Lifton y Olson como duelo + culpa por la supervivencia. El síndrome del superviviente se circunscribe a aquellos sujetos que logran ser rescatados y se recuperan de situaciones de riesgo límite que han significado la muerte para otros compañeros de peripecia. Una vez consumada la supervivencia física tras la aventura hay que ganarse, merecer la supervivencia psíquica. Para ello se paga un peaje: escindir o negar la muerte presenciada en otros y presentida en uno mismo, y luego acreditarse nuevamente para seguir vivos, aún con el miedo en el cuerpo. Sobrecoge de forma especial el testimonio dejado por Bettelheim:

> No se puede haber sobrevivido a los campos de concentración y no sentirse culpable cuando millones de personas como nosotros han muerto, a menudo ante nuestros propios ojos. Se tenía la sensación (falsa) de que se hubiera podido intervenir, aun sabiendo lo poco razonable que hubiera sido hacerlo… La alegría de comprobar que la muerte esta vez no nos tocaba a nosotros (Bettelheim, 1981, p. 73).

Los abusos y agresiones sufridas antes o durante la estancia en los campos y en los guetos, en los pabellones y cuarteles, unidos a la pérdida real o el miedo a la pérdida de la integridad física en estas situaciones límite, convierten a las víctimas en incrédulos testigos despersonalizados de lo real. Muchos morían creyendo que iba a ocurrir otra cosa. E. Wiesel, Premio Nobel de la Paz, deportado a Auschwitz con sólo 14 años, y superviviente:

> No sabía cuánto me quedaba de vida, pero lo que sí sabía era que mi vida terminaría en este universo de alambradas… Podría pasar un mes o un año, pero la muerte era la que iba a triunfar. Con el paso de los días uno se acostumbra a vivir incluso con la muerte. O, mejor dicho, en la muerte (…) ¿Dónde voy a encontrar a mi padre? Sin mí, él no aguantaría. Sin él, yo me dejaría morir (…) Hubo momentos en que, enrollado en mantas heladas entre los cadáveres, me decía a mí mismo que quizás estuviese ya muerto, sin saberlo. (Wiesel, 2005).

Lo malo de esta situación límite es que termina convirtiéndose en hábito. "La situación límite termina convirtiéndose en el paradigma mismo de lo cotidiano" (Agamben, 1999, p. 50). De resultas de ello, queda un remanente indeleble de muerte, de persecución, de presagio interno de la muerte, que hace a algunos sentirse muy peligrosos para sí mismos o para los demás, habida cuenta de su resentimiento y de su acusación velada hacia quienes no experimentaron lo mismo, o hacia quienes ignoran el horror, o hacia quienes sabiéndolo lo consienten (Alizade, 1993). En efecto:

> … el que en estas condiciones no sucumbe, el 'sobreviviente' se siente desamparado no sólo por las agresiones sufridas y que teme se repitan, sino por el enorme sufrimiento de culpa determinado por la ambivalencia frente a los que murieron, y por la identificación con el agresor. (Kijac &Funtowicz, 1981, p. 185).

Son duras pero certeras las palabras anteriores pues a la tristeza de la muerte se une la alegría culpable de que los muertos son otros, no uno mismo, y además la actitud sumisa ante la maquinaria de los captores. Los supervivientes necesitarán superar su culpa por vivir y recuperar la confianza en el ser humano. Haber salido vivo supone que has gozado de algún privilegio que otro no ha disfrutado; esta es la corrosiva idea que se instala en muchos. Hoffmann (2022) llega a decir que sobrevivir te hacía sospechoso de algún grado de connivencia con el verdugo, alguna clase de traición con el resto de prisioneros:

> Los privilegiados del campo de concentración, los prominentes, se convirtieron en los beneficiarios de un sistema en el que algunas de las víctimas, en aras de la mera supervivencia, se acercaban bastante al espíritu de destrucción e instrumentalización característico de sus verdugos. (p. 75).

Niederland (1961) realizó un estudio sobre 800 supervivientes de campos de concentración, publicando un trabajo sobre el síndrome del superviviente. El cuadro clínico descrito por Niederland consta de los siguientes signos y síntomas:

1) ansiedad;
2) perturbación en la cognición y en la memoria;
3) estados depresivos;
4) tendencia al aislamiento;
5) cuadros psicopáticos o de apariencia psicopática;
6) alteraciones en el sentimiento de identidad, el esquema corporal y la percepción del tiempo y del espacio.

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

7) alteraciones psicosomáticas;
8) apariencia de cadáver viviente;
9) tríada del superviviente: pesadillas, cefaleas, depresión crónica.

Escaparon a una muerte anunciada, pero brota en ellos una inmensa decepción respecto a lo que significa la civilización que lo consintió y fingió ignorar, los simulacros de bienestar, de cultura, de valores, de música exquisita y derechos ciudadanos. Las pérdidas masivas y los sufrimientos intensos contaminarán de forma prolongada su relación con el mundo e incluso con sus propios hijos, quienes perpetuarán sus identificaciones, alienaciones y reivindicaciones salvadoras o vengativas.

Kijac y Funtowicz analizaron en el XXXIII Congreso Internacional de Psicoanálisis de Helsinki celebrado en 1981 el síndrome del superviviente de situaciones extremas. En él se desgranan 10 requisitos que lo caracterizan:

> 1) son experiencias totalmente inéditas en la historia personal; 2) son atribuibles a un agente humano; 3) además inoculan culpa; 4) se orilla el límite mínimo para sobrevivir; 5) se presencian torturas y asesinatos; 6) en general, se es separado de los seres queridos y del hábitat; 7) la situación carece de límite temporal; 8) se sufre una privación completa de derechos y pertenencias; 9) es imposible reaccionar contra el agresor; 10) se manifiestan conductas que no aparecen en situaciones críticas no extremas (Funtowicz y Kijac, 1980, p. 1283).

Lo vivo y lo muerto tras el traumatismo.

Van der Kolk (2018) detalla el impacto del trauma grave señalando que deja adormecida la capacidad de sentirse vivo. El yo bajo amenaza manifiesta unas reacciones ya conocidas: el tronco cerebral y el sistema límbico se hiperactivan y arrastran todos los sistemas fisiológicos ante una amenaza. El trauma estropea la brújula interior, el *detector de humo* y el *sistema de alarma*, por ello se siente internamente bombardeado por señales de alerta viscerales, ignoran sus instintos y se desconectan de sí mismos. A fuerza de distorsionar las señales físicas, no se distinguen bien las señales de lo peligroso y lo seguro. En condiciones normales, la adrenalina que nos ayuda a defendernos de amenazas potencia el recuerdo de la experiencia, pero, cuando la intensidad es excesiva, el sistema se satura y se avería. El sistema límbico, en los traumatismos extremos, desconecta del hipocampo y el tálamo. Lo que el sujeto conserva de lo traumático son huellas corporales, reminiscencias, imágenes, sonidos y sensaciones fisiológicas no traducibles en recuerdo narrativo. La propia dificultad para hablar y la alexitimia consiguiente es, en alguna medida, resultado de la desconexión. Experimentarán fuertes bloqueos ante el dolor, el placer y no lo enlazarán palabras:

> Una vez que este sistema (el cvd) toma el control, las otras personas y nosotros mismos dejamos de importar. La conciencia se apaga y puede que físicamente ya no registremos dolor (Van der Kolk, 2018, p. 91).

De hecho, los recuerdos traumáticos están desorganizados, son fragmentarios o accidentales (un olor, un color, un detalle colateral o aparentemente trivial…). Los recuerdos así astillados e inconexos no pueden rellenar las lagunas y el sujeto traumatizado no alcanza a superponer el recuerdo traumático *interno* con el recuerdo *reproducido* ni en el relato oral ni en el escrito. Como falta la sintaxis, no puede organizarse el pensamiento ni hilarse la oración. Es por ello que emerge otro lenguaje: el del cuerpo. Milmaniene (1987), usa el término alemán "Schuld" para explicar el sentimiento de culpa y deuda en los supervivientes que se salda con algún trastorno. La enfermedad se constituye en un sacrificio expiatorio para compensar a los que murieron de su final, una dádiva restitutoria:

> El sujeto no puede dejar de pagar con sus síntomas el precio de su culpabilidad, y su modo de subjetivarse es a través de la enfermedad (p. 471).

Haber atravesado experiencias atroces a las que han escapado acarreará somatizaciones, depresión, ansiedad, etc, que sirven a algunos, en cierta medida, como exutorio de la culpa, formas de concretar el autocastigo por salir indemnes de la experiencia. Otros, logran superar la culpa de estar vivos asumiendo su condición de testigos perpetuos, que no permitirán que nada sea olvidado en su pueblo o en su entorno. Si no consiguen ligar la culpa, su propia pulsión de muerte actuará desligada de los objetivos vitales, al modo en que ocurre en las neurosis traumáticas de guerra o en el Síndrome de Estrés Postraumático crónico. El punto de inflexión hacia la gravedad irrecuperable se da cuando el individuo deja de considerar la muerte como una consecuencia probable del horror vivido, y lejos de atemorizarse ante ella, la experimenta como una liberación de las penalidades insufribles que ha acumulado. Es entonces cuando deben sobrevivir a algo más terrible: su propio anhelo de morir. Kijac (1997) lo resume diciendo:

> Los sobrevivientes viven como extraño y hostil al medio, al cual en parte quisieran adaptarse, y el medio ambiente ve a éstos como a extraños, como a nuevos inmigrantes hacia quienes se siente en parte conmiseración y en parte rechazo, ya que son portadores de verdades de las cuales nadie quiere enterarse (Kijac, 1997, p. 594).

Ruth Ménahem (2000) explicaba el curioso fenómeno de quienes salen a flote tras la experiencia de muerte clínica o de vivencias próximas a la muerte bautizándolo como 'la insurrección de Lázaro'. Ella se preguntaba: ¿alguien pensó si Lázaro quería ser resucitado?, ¿por qué a él se le obsequiaba con una segunda oportunidad allí donde el resto de los humanos confirmaba su mortalidad sin redención? Entonces, acude insidiosa la duda: ¿acaso los que mueren han acreditado menos su derecho o su voluntad de vivir? Pretender que el asunto se resuelve para los supervivientes responsabilizando del reparto de vida o muerte al azar se equivocan. La mayoría tratan de encontrar un significado a la muerte de otros y un sentido a la supervivencia propia, o una misión o un destino que les confirmen que están vivos, merecen estarlo, deben estarlo. Pero ese viaje interior se cobra muchas víctimas que no culminan este proceso de elaboración mental. Son muertos a los que nadie había terminado de matar, pero cuyo destino estaba decretado: eran muertos en prórroga.

El cuadro clínico es florido, pero parece común al Síndrome de Estrés Postraumático: imágenes recurrentes y recuerdos compulsivos sobre el desastre, pesadillas e ideas reiteradas sobre la muerte, torpeza

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

psíquica, apatía, aislamiento, deterioro de las relaciones humanas, autocondena por seguir vivo, necesidad obsesiva de hallar significado a lo vivido y de ratificarse en el acierto de la decisión tomada (en este caso concreto, de emigrar), pese al peaje pagado por ello. En realidad, nadie muere en el lugar de otro, pero la culpa asalta por no haber impedido la muerte de otros, por no haber sido más eficaz, más hábil o más fuerte socorriendo al moribundo o enfrentándose al guardián.

Puertas López (1997) menciona el deseo de trueque, de ocupar el lugar del muerto, el autorreproche por haber conservado mejores condiciones de salud, o haber tomado para sí la dosis de agua, de alimento, o de abrigo, que tal vez hubiera salvado la vida del más débil. El duelo crónico traducido en desesperanza, en desidia, en abandono de sí, el cuadro de ausencia y desconexión psicóticas, las tendencias suicidas y los trastornos psicosomáticos severos (tales como cefaleas, trastornos inmunitarios, gastrointestinales, hipertensión, pérdidas de apetito, etc) fueron algunas de las manifestaciones recogidas en el banco de testimonios de Yad Vashem.

La vergüenza de ser ¿hombre? Dentro y fuera de las alambradas.

Para los propios liberadores de los campos, el descubrimiento del horror causaba tanta perplejidad que podía interpretarse su pensamiento: pertenezco a la misma especie que ha posibilitado que ocurra lo que ahora veo. La vergüenza de coexistir al otro lado del alambre con las víctimas reducidas a escombro deshumanizado y con los victimarios etiquetados para siempre como alimañas sádicas. Lo recuerda Primo Levi en 1989:

> Cuando los soldados soviéticos llegaron a la alambrada no nos saludaron ni sonrieron. Parecían oprimidos, más que por la compasión, por la cohibición desconcertada que les sellaba los labios y les clavaba los ojos a aquella escena fúnebre. Era la misma vergüenza (…) que siente el hombre justo ante los crímenes cometidos por otros, el remordimiento que produce la existencia misma de esos crímenes y el que hayan sido introducidos de manera irrevocable en el mundo de las cosas que existen" (p. 43) Porque, en efecto: ya nunca podrá no existir.

El superviviente siente, como reconocían Agamben o Primo Levi, vergüenza de ser hombre, vergüenza de ser miembro de una especie que depreda a sus semejantes. Para los que estamos del lado de los salvados, la vergüenza de pertenecer a la especie humana se acrecienta. El superviviente, de cualquier condición que sea, rompe el contrato que le vincula con la humanidad e ingresa en esa fronteriza ubicación en la que no se está muerto, pero tampoco se puede estar vivo. El que sobrevive queda como testigo de una civilización enferma y siempre queda muerta una zona de su alma. Steinberg (1999, p. 185), escribió: "Éramos las bestias que habían hecho de nosotros" y "nunca he logrado lavar mi imagen… yo adulé a brutos y asesinos para proporcionarme un suplemento de sopa", o, peor aún, "transportaba cadáveres, la tarea se hizo rutinaria y fría: no sentía nada al reconocer el rostro de un amigo entre los muertos que había que llevar a la fosa".

Muchos escritores han recreado aquello que nos hace culpables por omisión ante los genocidios: el silencio cómplice, el mirar para otro lado del mundo acomodado, la tolerancia farisaica al odio, a la inhumanidad etnocéntrica. Les alentamos a vivir camuflados, a agruparse en guetos, fortificando y alambrando nuestras fortalezas, clubes, escuelas, mercados, iglesias, empresas y calles. Permitir su existencia anónima o estigmatizada con signos que marquen su diferencia, con miedo a la deportación... Esa añoranza (o *ignoranzza*), tan bien analizada por Kundera (2000) en su novela homónima, fue y es siempre el prólogo de las masacres genocidas. Semprún, en varias de sus obras testimoniales retrata plásticamente esta vergüenza:

> (La promiscuidad en los campos de concentración) constituía un atentado más insidioso, menos brutal, sin duda menos espectacular que las perpetuas palizas, más desconcertante también a la integridad de la persona… ni un solo acto de la vida privada podía realizarse más que bajo la mirada de los demás… ni un solo instante de la intimidad salvado de la exhibición, de la presencia infernal de la mirada de los demás" (Semprún, 2001, p. 210).

El padecimiento psíquico es inenarrable en muchos casos, porque no podemos concebir lo que sobrepasa los límites del yo. El problema es que dramas como los que se vivieron en los *Lager* no cumplen ninguno de los tres requisitos que convierten el trauma en experiencia. El trauma es imposible de integrar en el psiquismo, permanece enquistado y sin disolverse en la continuidad de la narrativa biográfica. No se trata de una experiencia crucial, ni siquiera de una experiencia límite. Es una experiencia aniquiladora que aviva las más arcaicas ansiedades de extinción y destrucción. Sencillamente, el superviviente no llega nunca, en muchos casos, a metabolizar lo vivido. Kertész (2002), superviviente húngaro del holocausto y Premio Nobel de literatura escribió en "Yo, otro":

"Un día me daré cuenta de que esta muerte (la de otro preso) fue al mismo tiempo el inicio de la mía"

Y Primo Levi, por su parte, exclamó:

"*No estoy ya lo suficientemente vivo para poder suprimirme*" (P. Levi, 1987, p. 156).

Cuando finalmente se suicidó en Turín, Elie Wiesel escribió:

"Primo Levi murió en Auschwitz cuarenta años después"

El propio Jean Amery, cuando fue preguntado, por qué no se suicidaba, como otros, habiendo escrito "Levantar la mano contra sí mismo", lacónico contestó:

"Paciencia". Se suicidó por sobredosis en 1978.

Pera acuñó una expresión para la vivencia alienante de quienes se ven expuestos a estas terribles vicisitudes. Dice que son 'cuerpos concentracionarios': masa anónima, siempre renovada y siempre idéntica, son el fragmento y episodio de un cuerpo global: el de la miseria, la hambruna, la desolación de un presente imposible y un futuro inexistente (Semprún, 1995). Los cuerpos dentro del Campo son carne de necesidad, desconocedores del deseo, cuerpos desubjetivados. Escalofriante el trato dispensado a los llamados "musulmanes" en los Lager de Birkenau o Auschwitz. Lo fácil que resultaba deslizarse de un ser humano exhausto y preso en un 'musulmán' se constata en este testimonio:

> Todo el mundo corría constantemente el peligro de volverse *Muselmann*: lo único que hacía falta era contraer un resfriado leve, hacerse una rozadura en el pie con el calzado, sufrir un

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

> forúnculo o mostrarse distraído un día y atraer así la atención de uno de los de la SS o un recluso importante en el trabajo o el barracón. Entonces le cae a uno el primer mazazo. La debilidad que provoca esto hace que trabaje con más lentitud… y que reciba por ello otro castigo. Con esto se vuelve un muerto viviente, pierde toda fuerza de voluntad y deja de tener dominio alguno sobre su propia persona: la imagen clásica del *Muselmann*. (Wladyslaw Kuras Kiewicz, superviviente de Auschwitz, 1947).

El borramiento psíquico de su memoria y de su identidad, el primer peldaño hacia la degradación y deshumanización, hacia su condición de ganado que perece en el tránsito y no recibe una distinción personal, sino sólo una mención estadística: tantos han llegado vivos, tantos han llegado muertos, tantos han sido conducidos directamente a los hornos. La vivencia del cuerpo hacinado, expuesto a todas las intemperies y azotes de su carnalidad ha sido bien retratada por C. Pera:

> hay millones de cuerpos humanos desprovistos de un mínimo espacio vital, hasta el punto de que solo disponen de su propio espacio corporal, en el que malviven dentro de sus escuálidos límites (…) Para muchos (…) todo acaba con el violento desahucio del espacio enflaquecido de su propio cuerpo: masas de mínimos cuerpos son destruidas sobre el terreno (Pera, 2006, p. 91).

Cuando lo humano del hombre se consume y se extingue en circunstancias de extrema depauperación, lo que está en juego es la reivindicación de pertenecer a la especie humana, una reivindicación que es ante todo biológica. El confinamiento en espacios estrechos, irrespirables, obligados a la promiscuidad de los cuerpos, descoyunta a los seres de su condición humana y quedan reducidos a la más terrible de 'carne de matanza llevada al matadero', en expresión de Amery (1966). Recordando a H. Arendt, cuando decía que en Auschwitz no se moría, sino que se fabricaban cadáveres, Agamben incide en la magnitud del rostro borrado de los prisioneros. Nos hace recapacitar sobre el anonimato en la muerte que convierte a los que perecen en meros cuerpos sin vida y a los que viven en meros cuerpos sin muerte. No nos olvidemos que sólo son los muertos los 'testigos integrales' de una tragedia, aquellos cuyo testimonio sería más genuino y veraz. Veamos si es o no es un aldabonazo para nuestra conciencia autocomplaciente este texto aplicable a lo que está ocurriendo en Gaza, por ejemplo:

> En Auschwitz no se moría, se producían cadáveres. Cadáveres sin muerte, no-hombres cuyo fallecimiento es envilecido como producción en serie. Según esta interpretación posible y muy difundida, es justamente esta degradación de la muerte lo que constituye el ultraje específico de Auschwitz, el nombre propio de su horror (Agamben, 1999, p. 74).

Los soldados de rescate captaron fotografías y vídeos para registrar lo que sus ojos, atónitos, no podían certificar. El mayor horror era la inexpresividad reflejada en sus rostros. Estar a salvo les producía, ante todo, desconfianza y recelo a un tiempo, extinguida la voluntad de vida y de deseo. La contradicción de sus reacciones es un trasunto de otra contradicción: la de la omnipotencia de los salvadores y su propia impotencia, la del control y la eficacia de sus rescatadores frente a su propio desvalimiento. Pero luego surge el interrogante del sentido de la vida tras las penurias padecidas y la muerte de otros. Es decir: hay que volver a llenar de deseo la vida regalada tras el rescate, hay que renacer nuevamente al afán, al proyecto, al futuro. Si no se logra, el superviviente creerá que está abocado a morir, pero una muerte elegida, no impuesta por el frío o la hambruna. Emerge entonces la amenaza suicida.

Es claro el predominio de la ambivalencia hacia los compañeros o familiares, tanto los vivos como los muertos. Con frecuencia, los hijos u otros familiares acaban deviniendo restauradores de la biografía rota de sus allegados, a los que la muerte rozó de cerca o atravesó. Los supervivientes saben que no son los mejores, los predestinados al bien, los portadores de ningún mensaje. Son hombres y mujeres que deben cumplir la aporía de Levi, por cuanto son hombres y mujeres que han de sobrevivir al no-hombre en el que se vieron reducidos, conculcados todos los derechos y necesidades que en cuanto no-hombres padecieron. "El hombre es lo que puede sobrevivir al hombre (lacerado)". Tal es la paradoja común a quienes escapan del horror de la muerte en serie, a todo Genocidio.

Conclusión. Todos somos herederos de Auschwitz.

Shoá es el nombre preferido por la población judía para designar la extinción masiva y sistemática a la que fueron sometidos durante el largo período de 1933 a 1945, y de forma especialmente industrial entre 1942 y 1945 en el contexto de la 'solución final'. El más negro acontecimiento del siglo XX fue elevado por distintos tribunales Crímenes contra la humanidad (Tribunal de Nuremberg, 1945) y de Genocidio (Naciones Unidas, 1950). El término fue acuñado por Rafael Lemkin en 1944 para describir todo acto perpetrado para destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal. El sello distintivo fue la planificación y ejecución (persecución, confinamiento, explotación para el trabajo y exterminio) de millones de personas por un criterio racial y nacionalista (la arianización germánica). El símbolo que mejor lo representan son las cámaras de gas y los hornos crematorios, aunque no hay que desdeñar los fusilamientos masivos y otras muertes infames, como el hambre, el frío y las enfermedades o atroces experimentos médicos, y la extenuación.

No puede quedar duda de que se trató de un genocidio porque el propósito de todas las medidas adoptadas, incluida la matanza masiva de seres humanos de todas las edades, era la eliminación de un pueblo por lo que es y no por lo que hace y cuando alguien decide quién debe o no vivir, permanecer o ser eliminado de la tierra es toda la humanidad quien está amenazada. La ley (totalitaria) se colocó por encima de la moral y el reglamento por encima de la humanidad, la obediencia por encima de la justicia. Por lo demás, como sabemos de sobra: "el holocausto fue un crimen de empleados, burócratas o policías, civiles o soldados; sus protagonistas eran ejecutantes que realizaban su trabajo y cumplían órdenes" (Finkielkraut, 2006, p. 112).

El señalamiento de los judíos europeos como responsables de los males económicos y culturales que Alemania padecía desde el fin de la

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Gran Guerra, ejemplifica como nada, el concepto de chivo expiatorio. La decisión adoptada en Wannsee transformó la forma caótica y desorganizada en que se producían las "evacuaciones", "tratamientos especiales", "reasentamientos", etc, en deportaciones, confinamiento en campos y exterminio. Fue la abundancia de prisioneros, el éxito del plan, lo que conminó a buscar una solución definitiva y productiva (productiva en muertes) de aniquilación. En los juicios posteriores, varios SS pensaron que con el gaseamiento se aplicaba una eutanasia anticipatoria más noble, dado que de todos modos morirían de inanición, insalubridad y agotamiento: "El exterminio de judíos, esterilizaciones forzosas, muertes por gas y apilamiento de esqueletos es un acto médico", se defendía Adolf Eichmann.

Los judíos europeos eran unos 17 millones en 1939 y en el diseño de la Conferencia de Wanssee se pretendía abolir al menos 12 millones, provocando además la salida urgente del territorio alemán y asimilados del resto. Para llevar a cabo tal proeza de destrucción no escatimaron medios, estrategias ni recursos militares y logísticos. También contaron con el aplauso activo y la connivencia pasiva de otros países, instituciones y empresas, cuya complicidad y responsabilidad ha sido debatida en los últimos 80 años de forma continua. Solo un 3% de los deportados por motivos raciales sobrevivió; en torno al 50% de los deportados políticos. Los campos de Polonia y del Este fueron los más devastadores, convirtiéndose en campos de matanza. Entonces:

> …el hombre ya solo torturaba y mataba al hombre a montones, y se deleitaba en el hedor de la carne en descomposición; allí ya solo había semimuertos dedicados a quemar cadáveres y almaceneros destinados a apilar 'objetos' (Kertesz, 2001, p. 131)

Sin un sustrato de odio racial y de exageración paranoide sobre el peligro de la sangre judía no se habrían fanatizado las posiciones de forma tan extrema, al menos no en mayor medida que en otros innumerables episodios antisemitas de la historia. También se había practicado el antisemitismo en España hasta culminar en su expulsión ya con los Reyes Católicos y durante siglos, pero fue la disponibilidad de medios logísticos, técnicos, químicos, de transporte e industriales, lo que convirtió la misma idea genocida en una realidad a gran escala y que devino en la mayor abominación cometida por la Humanidad civilizada y culta contra semejantes. Fue una grieta civilizatoria:

> … lo monstruoso, referido al nombre de Auschwitz, ha seguido siendo inconcebible precisamente porque no es comparable, porque no puede justificarse históricamente con nada, porque no es asequible a ninguna confesión de culpa y se ha convertido así en punto de ruptura, de forma que resulta lógico fechar la historia de la Humanidad y nuestro concepto de la existencia humana con acontecimientos ocurridos antes y después de Auschwitz (Grass, 1999, p. 13).

También hubo judíos de primera y de segunda y algunos nazis lamentaron más haber expulsado a Einstein que haber matado a miles cada día en su Lager más cercano.

El campo abre una brecha, la vida después es una incongruencia entre la lucha para conquistar el destino y el futuro y el atrapamiento en el pasado, en el punto de partida y en la feroz odisea del confinamiento. Atrapados entre el silencio y la compulsión a recordar como tributo y homenaje a cuantos sucumbieron en el 'episodio'. Dicha experiencia no se recuerda, se revive a diario (Zitner, 2008). Se revive el miedo, no el hambre o la sed o el frío, sino el miedo a seguir no viviendo en el preludio de la muerte segura. Luego queda la angustia de vivir de nuevo. Después de asomarse al infierno, resolver el doloroso enigma que encierra la pregunta: ¿es lícito vivir después de haber muerto o casi? Paradoja que resume J.L. Conde en *El largo aliento*:

> Sobrevivir no era dolor, no era desmayo, era una forma cruel de muerte en la que hay conciencia… O vivir perpetuamente llorando a un muerto del que uno mismo es mausoleo. La condena a recordar la muerte del muerto que lleva uno dentro (1993, p. 51).

Algunos titanes psíquicos y morales no experimentan este declive y mantienen incólume su capacidad de amar, su generosidad, su confianza en el género humano. Tienen la resolución, la valentía y la resiliencia de quienes todo cuanto encuentran a su paso puede ser un nuevo ladrillo para su reconstrucción, fénix de los horrores, flores en medio del estercolero humano con el que se han visto obligados a lidiar. Kertesz nos da un certero toque de atención a los psicólogos y profesionales empeñados en tratar con el hombre:

> … si la pasión de tu vida te obliga a formular la condición humana, has de abrir tu corazón a la miseria absoluta que dicha condición implica (Kertesz, 2002, p. 195).

No menos pesimistas, pero dolorosamente merecedoras de reflexión son las palabras de E. Moreno, que nos exhortan a tener en cuenta las muchas formas en que todos cuantos nos consideramos ciudadanos éticos podemos estar propiciando o tolerando el desastre:

> …todo lo que promueva el afán de poder exclusivo, favorezca la idea de superpotencia, promueva la competitividad corrupta, ilusione al hombre con estados de privilegio, desactive el juicio crítico y narcotice el pensamiento, está contribuyendo a la construcción de esos pedestales que atentan contra la civilización (Moreno, 1991, p. 67).

LaCapra (2008, 2009) ha planteado la necesidad de transformar a las víctimas supervivientes y a las generaciones posteriores en agentes ético-políticos, es decir, en ciudadanos activos, en sujetos que puedan ir más allá de la repetición dolorosa y extremadamente individual y aisladora (asocial) de sus traumas, que puedan participar, protagónicamente quizás, en formas colectivas del recuerdo, desde las cuales poder construir nuevas formas de convivencia, nuevos tipos de relaciones sociales y una nueva configuración socio-política (Vetö, 2011, p. 146).

Cada uno que escribe, cada uno que lee, cada uno que escucha, tiene un papel en la historia: impedir que la transmisión del recuerdo quede rota. Somos eslabones en la cadena de las transmisiones, necesaria para que el olvido y la incuria nos lleven a pensar que aquello está muy lejos y nunca se repetirá (Cohn, s/f; Faúndez y Cornejo, 2010). El mundo no puede permitirse más indiferencia social ni más insensibilidad moral. Eso nos criminaliza con todos los genocidios presentes y futuros. Todos, como Primo Levi, tenemos al menos siempre la "facultad de negar nuestro consentimiento".

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Referencias.

Adorno, T. W. (1966). *La educación después de Auschwitz*. Conferencia de Adorno en la Radio de Hesse el 18 de abril de 1966. Disponible en http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpeta-2/fuentes/la-segunda-guerra-mundial-y-el-holocausto/theodor-w-adorno-201cla-educacion-despues-de-auschwitz201d

Agamben, G. (1999). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Pretextos.

Alizade, A.M. & al (1993). El psicoanalista enfrenta el horror. *Revista de Psicoanálisis de la A.P.A.*, *L*(4/5), 767-780.

Altares, G. (2018). *Una lección olvidada. Viajes por la historia de Europa*. Tusquets.

Amery, J. (1966). *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Pretextos.

AA.VV. (2006): "Síndrome del rescatado". *Anales de Psicología, 22*(1), 11-21.

Baumann, Z. (1989). *Modernidad y Holocausto*. Sequitur.

Benjamin, A.K. (2019). *Para volverse loco. Una historia sobre los límites de la mente*. Turner.

Bettelheim, B. (1981). *Sobrevivir. El holocausto una generación después*. Crítica.

Bettelheim, B. (1991). *El peso de una vida*. Drakontos

Biermann Stolle, E. (2004). A la memoria del Holocausto. *Desde el jardín de Freud, 4*, 234-249.

Bleichmar, H. (2007). Kraft: Memoria emocional en sobrevivientes del Holocausto. Un estudio cualitativo de testimonios orales. *Aperturas psicoanalíticas, 27*. Disponible en http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=71

Bohleber, W. (2007). Recuerdo, trauma y memoria colectiva: la batalla por la memoria en Psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis de la APdeBA*, *XXIX* (1), 43-75.

Borges, J.L. (1949). Réquiem Alemán. Incluido en *El Aleph*. Obras Completas, 1974 (pp. 576- 581. También audiolibro.

Boulanger, G. (2009). Testigos de la realidad: trabajar psicodinámicamente con supervivientes del terror. *Aperturas psicoanalíticas, 31*. Disponible en https://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000579&a=Testigos-de-la-realidad-trabajar-psicodinamicamente-con-supervivientes-del-terror

Browning, C.R. (1992). *Aquellos hombres grises*. Edhasa.

Claudel, P. (2008). *El informe de Brodeck*. Salamandra.

Cohn, R. (s.f.). Las huellas transgeneracionales de la Shoá en el psiquismo. Un transitar de generaciones. Disponible en https://www.yadvashem.org/es/education/educational-materials/articles/journey-of-generations.html

Conde, J.L. (1993). *El largo aliento*. Guillermo Escolar ed.

Cyrulnik, B. (2009). *Autobiografía de un espantapájaros*. Gedisa.

Cyrulnik, B. (2015). *Las almas heridas. Las huellas de la infancia, la necesidad del relato y los mecanismos de la memoria*. Gedisa.

Damasio, A.R. (2001). *La sensación de lo que ocurre. Cuerpo y emoción en la fábrica de la consciencia*. Andrés Bello.

Didi-Huberman, G. (2004). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*. Paidós.

Duek, R. y Torres, D. (2008). Psicoanálisis y Shoá: el paradigma del mal. *Psicoanálisis, XXX*(1), 17-50.

Faúndez, X. & Cornejo, M. (2010). Aproximación al estudio de la transmisión transgeneracional del Trauma psicosocial. *Revista de Psicología, 19* (2), 31-54.

Finkielkraut, A. (2006). *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*. Anagrama.

Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.

Frankl, V.E. (1946). *El hombre en busca de sentido*. Herder.

Friedländer, S. (1993). *Memory, History and the Extermination of the Jews of Europe*, Indiana University Press.

Friedländer, S. (2007). *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*. Universidad Nacional de Quilmes.

Funtowicz, S. y Kijac, M. (1980). El síndrome del superviviente de situación extrema; definiciones, dificultades, hipótesis. *Revista de Psicoanálisis de la A.P.A.*, *37* (6), 1275-1289.

Goldhagen, D. (1997). *Los verdugos voluntarios de Hitler*. Taurus.

González Isidoro, M. (2015). Los últimos testigos. Disponible en https://vocesdesdeorientemedio.blogspot.com/2015/04/los-ultimos-testigos.html

Grass, G. (1999). *Escribir después de Auschwitz*. Paidós.

Hoffman, M.H. (2022). Planificación para impedir el genocidio *Military Review*, 2º semestre, 18-30

Homero (2010). *Odisea*. Gredos.

Horenstein M. (s.f.). Lo que debe llevar el habla sin decirlo. Notas sobre la interpretación después de Auschwitz. Disponible en https://marianohorenstein.com/psicoanalizar-despues-de-auschwitz/

Kertesz, I. (2001). *Sin destino*. Acantilado.

Kertesz, I. (2002). *Yo, otro*. Acantilado.

Kijac, M. y Funtowicz (1981). *The síndrome of the survivor of extreme situations*. XXXIII Congreso Internacional de Psicoanálisis, Helsinki.

Kijac, M. (1997). El sentimiento de identidad en los sobrevivientes de los campos de exterminio y en sus hijos. *Revista de Psicoanálisis de la A.P.A., LV* (3), 585-597.

Kraft, R.N. (2004). Memoria emocional en supervivientes del Holocausto. Un estudio cualitativo de testimonios orales. En D. Reisberg y P. Hertel (comp.), *Memory and Emotion*. (pp. 347-389). Oxford University Press.

Kundera, M. (2000). *La ignorancia*. Tusquets.

LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Nueva Visión.

LaCapra, D. (2008). *Representar el Holocausto. Historia, teoría, trauma*. Prometeo.

LaCapra, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*, Prometeo.

Levi, P. (1987). *Si esto es un hombre*. Mario Muchnik.

Levi, P. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Mario Muchnik.

Lifton, R.J. y Olson, E. (1976). The human meaning of total disaster: The Buffalo Creek Experience. *Psychiatry, 39*, 1-18.

Ménahem, R. (2000). La insurrección de Lázaro o la supervivencia psíquica. *Libro anual del psicoanálisis, vol. 2*. (pp. 195-210). Biblioteca Nueva.

Milmaniene, J.E. (1987). Schuld. *Revista de Psicoanálisis de la A.P.A., XLIV*(3), pp. 465-471.

Milmaniene, J. E. (1996). *El Holocausto: Una lectura psicoanalítica*. Paidós.

Milmaniene, M. P. (2021). Trauma y subjetividad: reflexiones sobre el holocausto. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en https://www.aacademica.org/000-012/111

Moreno, E. (1991). Violencia y destrucción a la luz de la teoría psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis de la A.P.M.,13*, 59-69.

Musealia & Museo Estatal de Auschwitz Birkenau. (Exposición temporal e itinerante). *Auschwitz, no hace mucho, no muy lejos*.

Naymark, D. (s.f.). *Trauma, memoria y silencio. Lazos familiares y trasmisión*. Yad Vashem. Centro Internacional de Conmemoración de la Shoá.

Niederland, W.G. (1961). Observaciones clínicas sobre el 'síndrome del superviviente". *The Internacional Journal of Psicoanálisis, 49*, 313-315.

Pera, C. (2006). *Pensar desde el cuerpo. Ensayo sobre la corporeidad humana*. Triacastella.

Puertas López, E. (1997). Psicología, instituciones y catástrofes. *Papeles del Psicólogo, 68*.

Rejali, D. (2005). *Torture and democracy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Sánchez Ferlosio, R. (1993). *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*. Siglo XXI.

Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Tusquets, 2004.

Semprún, J. (2001). *Viviré con su nombre, morirá con el mío*. Tusquets.

Steinberg, P. (1999). *Crónicas del mundo oscuro*. Montesinos.

Suárez, J.C. (1983). Reflexiones acerca de un sobreviviente de los campos de exterminio. *Revista de Psicoanálisis de la A.P.A., XL*(1), 35-55.

Traverso, E. (2004). La singularidad de Auschwitz. Un debate sobre el uso político de la historia. *Cuilcuilco, 11* (31), 1-16.

Van del Kolk, B. (2020). *El cuerpo lleva la cuenta. Cerebro, mente y cuerpo en la superación del trauma*. Eleftheria.

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Vetö, S. (2011). El Holocausto como acontecimiento traumático. Acerca de la incorporación del concepto freudiano de trauma en la historiografía del Holocausto. *Revista de Psicología, 20* (1), 127-251.

Wajcman, G. (2001). *El objeto del Siglo*. Amorrortu.

Wiesel, E. (2002). Prólogo. En F. Barret-Ducrocq, *¿Por qué recordar?* (pp. 11-14). Granica.

Wiesel E. (2005). *Las heridas abiertas*. Especial Auschwitz. Documentos El Mundo, 27 enero 2005.

Zitner, R. (2008). *Semblanzas de lo siniestro: en torno a algunas repercusiones de la Shoáh en la actualidad*. Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica.

ISSN: 2445-0928 DOI: https://doi.org/10.5093/rhp2025a11
© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)